

TRAS LA FÍSICA

Víctor Gomez Pin

Professor de Filosofía de la UAB

Trasfondo (física) y primer plano (meta-física). De las múltiples acepciones del término *filosofía*, se prioriza aquí la que enfatiza el vínculo (y hasta comunidad de disposición) que tiene con la ciencia y concretamente con la física, hecha explícita en la palabra *meta-física*. Y al enfatizar que el orden es *primero* ciencia *después* filosofía, pongo de relieve la resistencia a la tesis según la cual la filosofía sería una etapa del espíritu previa, y por así decirlo ingenua, en relación a la ciencia. Por el contrario el punto de arranque es que sólo el nacimiento de la ciencia posibilita el nacimiento de la filosofía, y concretamente: el nacimiento de la *física* posibilita el nacimiento de la *meta-física*. La ciencia no constituye el primer plano sino precisamente el trasfondo sobre el que la filosofía se erige y como veremos, ello no ocurre por azar sino como destino de la ciencia misma. Y desde ahora he de enfatizar un segundo aspecto, implícito en lo que precede:

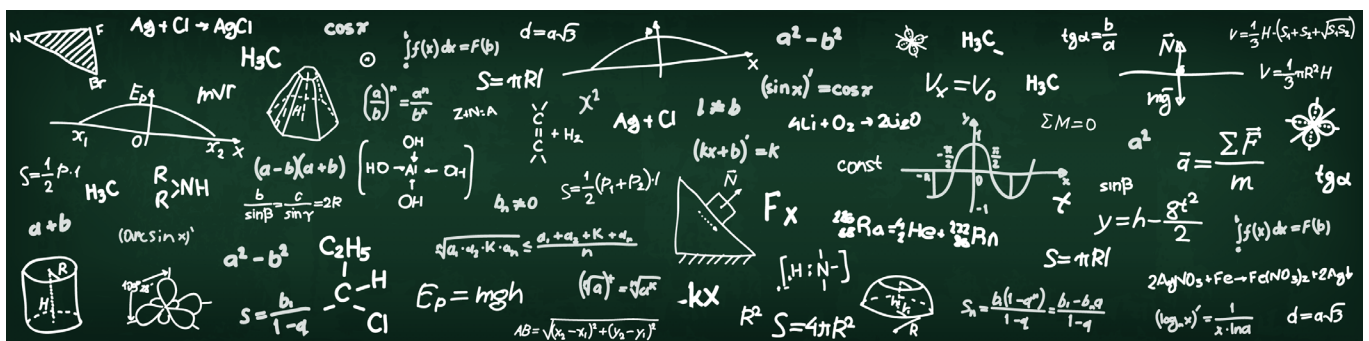
Tarea de la ciencia y concretamente de esa matriz de la misma que es la física es *reducir* los fenómenos insertándolos en un marco que les otorga inteligibilidad, algo de lo que en sí mismos carecerían. Pero el entramado que otorga inteligibilidad no sólo supone un horizonte de conceptos o categorías relativos a la variedad de fenómenos y una red de axiomas lógicos generales sino también un entramado de principios ontológicos que (más o menos reflexionados) son la expresión de una muy singular concepción del entorno, y en el caso de los griegos una muy singular concepción de la *physis*.

Cuando la *physis* posibilita la física. Quiero decir que lo primero que ha de explicitarse es cuáles son las condiciones

de posibilidad de que en Jonia se diera una física, es decir, la concepción de la *physis* que hace posible la física. Pues bien, para ello es preciso que se den tres presupuestos:

1. La diversidad de los fenómenos no es arbitraria, sino que está sometida a una rigurosa *necesidad*. Este presupuesto constituye una suerte de vuelco espiritual que va más allá del grado de conocimiento que alcanza una civilización dada y que (de ser considerado como singularidad de la cultura jónica -se discutirá esto en detalle) constituiría la aportación mayor de Grecia en relación a las brillantísimas civilizaciones de las que se nutre.
2. La necesidad es inteligible. Presupuesto desde luego enorme, reflejo de una suerte de optimismo cognoscitivo, pues del concepto de necesidad natural no se infiere en absoluto su transparencia a la razón y el lenguaje.
3. La intelección de la necesidad modifica al sujeto de la intelección pero no al objeto de la misma. Por así decirlo la naturaleza se deja desvelar pero no violar. Como máximo la técnica puede explotar las posibilidades que la naturaleza ofrece, canalizar lo que esta permite en beneficio propio.

No hay seguridad de que esta concepción del entorno natural se haya dado también en grandísimas civilizaciones, como la china o la mesopotámica. Pero es más: tampoco es algo que pueda atribuirse a Grecia hablando en general. Desde luego no se encuentra esta concepción de la *physis* en Homero,





tampoco en Hesíodo, ni en la mayoría de los poetas. Por el contrario, implícita o explícitamente sí se encuentra en los llamados pensadores presocráticos, de Tales a los atomistas, y sin duda alguna en Aristóteles.

De la tercera condición se desprende como corolario algo muy parecido al principio ontológico del realismo (independencia del objeto respecto del sujeto), al cual asocian otros vinculados a la propia noción de necesidad natural (así por ejemplo, la exclusión de que un evento carezca de causa que le precede) constituyendo un conjunto imbricado que, unido a los axiomas generales del conocimiento, permite ese acto de intelección que constituye la física.

Remisión a principios versus consideración de los principios.

Se diría, en suma, que bajo determinados presupuestos (cuya asunción ha podido ser considerada como rasgo singular de la cultura jónica) el aristotélico *asombro*, conduce en los pensadores jónicos a lo que cabe designar como ciencia. Ello hasta el momento en que una aporía en el seno de la misma ciencia genera una exigencia cognoscitiva por así decirlo de segundo orden. La secuencia sería: estupor o asombro, de entrada ante los fenómenos inmediatos; estupor más tarde ante fenómenos como el hecho de que la luna tenga diversas fases... ¿y para superar tal estado, es decir para hacer inteligible lo que nos llenaba de perplejidad? Pues remisión a “lo que hay de más científico (*malista epistetu*)”¹. Y ¿qué hay de más científico? Pues aquello “a través de lo cual conocemos las demás cosas mientras que ellas no son conocidos mediante las demás cosas”². ¿Y finalmente? Los principios y las causas (*ta próta kai ta aitia*)³. Ahí hay un salto, el cual determina la definición de la filosofía que buscamos: “teoría de los primeros principios y de las primeras causas”⁴

1 982b1-2

2 982 b 2-4

3 982 b2

4 982b 9-10.

No sostiene Aristóteles que el *asombro* que mueve a explicar alcanza a los primeros principios, no podría sostenerlo. Como él mismo recuerda en otro texto relativo a lo que denomina *principio más firme* (el de *no contradicción*), hay que saber discernir lo que cabe preguntar y lo que no cabe preguntar, lo que es objeto de saber y lo que es condición de posibilidad del saber.

Física (el estupor no alcanza a los principios)... metafísica (el estupor sí alcanza a los principios). De los principios no hay cuenta posible, y es por ello que no cabe el estupor sobre los principios mismos. Los físicos jónicos, al menos en su condición de tales, deberían detenerse allí donde la consideración de los principios es pertinente (otra cosa es que llegaran a violar tal frontera, cosa que Aristóteles les reprocha). Mas entonces, decir que la filosofía se ocupa de los principios, equivale a decir que si bien la filosofía arranca con el estupor ante los fenómenos, va sin embargo más allá del mismo. Cabe incluso decir que la filosofía tiene fuente en la disposición que conduce a la ciencia pero no se detiene en esta última. La “ciencia” de los primeros principios no podría consistir en hacer lo que hacen las demás ciencias (es decir, conferir inteligibilidad a los entes, precisamente mostrando su conformidad a principios), sino en una suerte de saber arquitectónico, sin el cual precisamente los saberes anteriores quedarían mutilados. Podría quizás ser una tarea que enumera o categoriza principios, una tabla de los mismos.

Pues bien: efectivamente la indicación de Aristóteles es exacta: en los pensadores presocráticos los principios mismos dejan de ser soporte implícito de la reflexión para erigirse en objeto de la misma (objeto además tanto más problemático cuanto que no hay forma de abordar los interrogantes que provocan de la manera clásica en la que se abordan los demás problemas), en razón sobre todo de que la condición de la neutralidad del conocimiento muestra fisuras. Pero conviene avanzar desde ahora un hecho importantísimo, a

saber: la perplejidad en la que se ven inmersos los científicos contemporáneos, concretamente los físicos, dentro de su propio quehacer, es decir confrontados al objetivo de otorgar inteligibilidad. Pues, una de las cuestiones centrales, sino la central, a la que se vio confrontada la física del siglo XX fue la de determinar si algunos de los principios ontológicos, hasta entonces considerados firmes, tienen efectivamente el peso que se les atribuía. Esta sospecha sobre el efectivo grado de universalidad de principios generales es ya propiamente filosófica (si bien nunca la filosofía la hubiera alcanzado ateniéndose exclusivamente a su propio bagaje), aunque proceda de la ciencia y muy especialmente de una disciplina transgresora que, desde el arranque del siglo XX, ha conducido a una interrogación radical relativa a la esencia de la naturaleza. En suma, si los físicos jónicos dan el salto a la consideración de los principios, tal cosa hicieron asimismo los físicos del siglo XX, aunque no se trate exactamente del mismo salto y las razones difieran.

Los jónicos no dudan de los principios rectores de la *physis*, pero a un momento dado efectúan un viraje que les conduce a reflexionar sobre las facultades del ser mismo que inspecciona la *physis*, topando entonces con la cuestión de los fundamentos; fundamentos no solo de todas las modalidades del conocimiento sino de toda relación con la naturaleza.

En el caso de los físicos cuánticos, la primera razón estriba en que los presupuestos rectores del orden natural parecen tambalearse: la física se ve entonces abocada a interrogarse sobre lo que nunca había sido para ella objeto de interrogación, en razón simplemente de que nunca la naturaleza había dado motivos para dudar de lo que era fundamento de todas sus evidencias.

Así una de las razones que hacen de nuestra época un momento singularísimo en la historia de la filosofía en general y de la ontología en particular es que la *prote filosofía*, la aristotélica ciencia de los primeros principios, no sólo tiene vigencia, sino que se impone como resultado de la ciencia misma y concretamente de la física. Se diría que, tras dar un paso atrás, tras siglos de una voluntad de indiferencia a la filosofía, los físicos han tenido por una vía inesperada el mismo destino que sus predecesores jónicos. Unos y otros son llevados a la filosofía en razón de la perplejidad ante aspectos de su propio trabajo, teniendo entonces enorme dificultad para distinguir entre la *physis* que de entrada constituía tan sólo un entorno y las cartografías forjadas por el propio ser de razón y lenguaje.

